

Medio Caracas vive en los cerros

El Nacional, 1958-05-04.

En el Barrio Unión hay un 72% de analfabetos, y el promedio de once personas por familia gana 9,50 bolívares al día. –Una población de 40.000 personas carece de agua, letrinas, cloacas, en un 100%.

A veces era la media noche cuando llegaba, casi agotado, el chorrito de agua.

Lo acechaba en lo oscuro la terrible culebra de lata, que es capaz de beberse un río entero. Cuando se le descolgaba aquel mundo de mujeres y niños para agarrarse a su pedacito de lata, desde lo que llaman Guaicoco, Maca, Bambú y Mosquito, se sacudía la culebra con unos campanazos sordos, como de rabia.

Las Hermanas Misioneras de María Inmaculada y santa Catalina de Siena se despertaban entre sus cuatro paredes de cemento recién fraguado y decían:

–¡Dios mío, qué horas de dar el agua!

Y en la quebrada del Carmen, que es donde atienden un centro escolar y asistencial de "Fe y Alegría" del Barrio Unión, en Petare, y por los caminitos de cabra que trepan sobre el lomo de los cerros cargados de casuchas, comenzaba a transitar una bulla sorda, de mercado, que duraba hasta las dos o las tres de la madrugada; hasta que se consumía el chorrito de agua.

Después, comenzaban a ladrar los perros.

–2–

Los cerros cargados de casi medio millón de venezolanos que rodean a Caracas, como un cinturón, han recobrado su voz para reclamar la parte de los jacarandosos empréstitos al exterior, de los millones de sacos de cemento tragados por las panzas cuadradas de los rascacielos, de los ríos de champaña vaciados en orchilas de muchas partes y de los miles de millones robados escandalosamente en los tristes años de desgobierno.

A los pobres del Barrio Unión les están llegando después del 23 de enero, gracias a la diligencia del nuevo Concejo Municipal de Petare, los tanques de agua gratis; les están construyendo unas escaleras de cemento que no se llevará el invierno, y les han limpiado el cauce seco de la quebrada, que estaba colmado de basuras, antes de que lleguen las aguas; porque aquí, en casa de los pobres, todo, el hambre, la sed, las lluvias, llegan con exceso.

-3-

Desgraciadamente, el problema no consiste sólo en unas escaleras de cemento ni en una cañería de agua, si faltan piernas sanas para subir por ellas y se carece de agua. Seguramente que no bastarían los enormes recursos financieros del país para acabar con la miseria del casi medio millón de caraqueños encaramados en los escarpados de los cerros. Almacenándolos en unas jaulas de concreto de veinte pisos no se consigue sino cambiar la dirección de la miseria, hacerla vertical, elevarla sobre la superficie del suelo; lo que está bien lejos de alcanzar la felicidad del cielo, de una solución.

El Barrio Unión, para reducir el caso a un sector reducido de unas 40.000 personas, tiene unas 4.000 familias de un promedio de 11 personas viviendo en ranchitos de tierra pisada (64%) y lata y cartón (7%), sin patio (100%), sin cocina (100%), con piso de tierra (90%) y con una superficie para cada persona de 0,60 m², ni un metro cuadrado de espacio por individuo. El promedio que ingresa para mantener esta familia de 11 personas es de 9,50 bolívares; claro, la mayoría no enciende fuego nunca, y hay un alto porcentaje de desnutridos. En lo sanitario, no hay agua en las casas (100%), no hay letrinas ni lavabos ni inodoros (100%). En lo moral, la promiscuidad de lechos es de la proporción del 75%, los hijos corren desde por la mañana hasta por la noche en los basureros en un 70%; y, finalmente, para señalar la consecuencia educacional, hay un 72% de analfabetos.

El problema de incorporar a estos venezolanos a la vida de la salud, de la productividad y de la conciencia del país es principalmente de sanidad, de alimentación, de educación y de una instrucción técnica que los saque de su condición de "toreros" y les ponga en la mano herramienta de un oficio.

Sin esta elevación moral y material de la persona, no se conseguirá superar la mentalidad del rancho.

-4-

Pocas veces el cemento venezolano se ha ennoblecido tanto como en este edificio de cuatro pisos que afianza sus pies en la quebrada del Carmen, rodeado de un mar de ranchitos construidos con pedazos de tabla, con lata, cartón, con tierra pisada.

Caben mil niños en dos turnos; 500 varones en la mañana, 500 muchachitas en la tarde. Si las abnegadas monjitas colombianas que bregan las 18 horas del día tuviesen alguna fórmula para pasarse sin dormir, cabrían 500 más: pero aún quedarían fuera casi mil niños más de hasta 13 y 14 años que nunca han visto una escuela, ni han pisado una placa limpia de cemento, ni han comido caliente tres veces al día, que dicen que es tan saludable.

-5-

Las Hermanas son misioneras; antes de llegar a Venezuela han recorrido otros medios bien miserables; algunas han estado en lejanas selvas del Brasil y en territorios lindantes con los que habitan los motilones. Sin embargo están impresionadas en el Barrio Unión.

Ellas nos presentan a Pedrito Guacuto, un muchachito de ocho años que no tiene nada que no tenga un hijo nuestro, que ha salido de Mosquito a las cinco de la mañana para llegar a "Fé y Alegría" a las siete. Llega sin desayunar. Lo que trae, envuelta en un papel de periódico, es una arepita fría. Después, a las dos o a las tres, si para entonces llega su mamá (que a algunos les sale oscuro y les llega oscuro) "que trabaja en Caracas", comerá un arroz blanco o unas caraotas. Esa es buena hora para que los cinco (porque Pedrito tiene cuatro hermanos que son menores que él) no molesten en todo el día. Pedrito nos dijo que él no tiene papá. ¿Qué será eso?

Las hermanas nos cuentan que el alto porcentaje de inasistencias a los cinco grados que tienen organizados (el primer grado tiene 8 secciones, los hay hasta de 15 años) se debe a debilidad de los niños y a verdaderas plagas de lechina, sarampión, gripe y fiebre de diferente origen. Las hermanas sueñan con disponer de algunos sacos de caraotas, de arroz, de maíz y de azúcar, y algunas latas de manteca y de leche en polvo, para cubrir las necesidades más apremiantes. Porque el desfile de urnitas para el cementerio de Petare es impresionante, y los casos de tuberculosis entre mayores está aumentando peligrosamente. Y por aquellos cerros, con todo y quedarle tan cerca la Universidad, no alcanza a llegar ni un mal veterinario. "Fé y Alegría" está distribuyendo algunas medicinas, y una de las hermanas va a comenzar a sacar algunas muelas; pronto van a montar también un dispensario, con su servicio asistencial.

No hace falta mayores estímulos para que los cerros vecinos vacíen sus hijos en la quebrada del Carmen. El problema consiste en cómo contener en la puerta a la muchedumbre que sobra, porque el saloncito de cine que completan tres clases juntas no tiene capacidad sino para unos mil muchachos, por mucho que se apretujen, y en la placa de cemento de la planta baja (y no hay otro lugar plano y limpio en todo el barrio) apenas hay espacio para que se muevan 40 o 50, y el desfile de madres pidiendo espacio para que atiendan a sus hijos durante unas horas al día es para las monjitas una tortura constante.

-6-

El Padre José M. Vélaz S. J., que es el Director General de "Fé y Alegría", tiene muchos planes; algunos ya en la misma puerta de la realidad.

Ya están a punto de levantar junto a este hermoso edificio del Barrio Unión que acaba de nacer, otra estructura de capacidad similar. Así podrán dar cabida a 2.000 niños, y se les cumplirá a las monjitas un sueño: recibir en un internado o un semiinternado a la gran cantidad de muchachas de 12 a 15 y 16 años que están expuestas a todos los abusos y a todos los abandonos, y prepararlas para un trabajo y para su vida

de hogar. También comenzarán entonces las clases nocturnas para adultos, con el fin de ayudarles con un oficio.

Todo el barrio está pendiente de algún milagro más.

– Padre –le preguntaba un coro de niños cuando llegamos– ¿es verdad que van a poner comedor? Eso tendrán también muy pronto los niños del Barrio Unión, un comedor. Primero con un número limitado de plazas; pero así se empieza, por casi nada.

¿Como comenzó? "Fé y Alegría" sino con eso, con 80 niños sentados sobre bloquitos de cemento que cabían justamente en un galponcito que regaló Abraham Reyes, un meritorio albañil con siete hijos, en el "18 de Octubre".

Después, con la fé del Padre Vélaz, con la magnífica ayuda de la Junta Directiva (Gustavo Vollmer, Carlos Rodríguez Landaeta, Oscar Augusto Machado, Tte. Coronel Rafael Alfonso Ravard, José Giacopini Zárraga, Luis Emilio Gómez Ruiz, Pedro Mendoza Goiticoa, Alfredo Paúl Delfino, Gustavo Reyna Rodríguez, Alejandro Rodríguez Delfino, Celsi Serna, Santiago Vera Izquierdo, Bernardo Corral de Aristi y Oscar Palacios Herrera), que colabora con su dinero y con su influencia, hoy atiende a más de mil niños en el Barrio Unión, de Petare; a 500 más en Ciudad Tablitas; a 250 en la Urbanización 23 de Enero, a 125 niños en Loma Colorada; proporciona instrucción a 400 adultos en escuelas nocturnas, y enseña oficios a 200 jóvenes en el Instituto Técnico Laboral mediante la colaboración de la Universidad Católica, que es la que cede las aulas, los laboratorios y el profesorado.

En dos cortos años se ha llegado de la nada a un hermoso total de 2.400 alumnos gratuitos, y los servicios de su dispensario y los centros recreativos.

–7–

– Eso es –dice el Padre Vélaz– lo que pretende "Fé y Alegría" desde su mismo lema, despertar en el niño, en el joven abandonado a la injusticia de su desamparo y de su menosprecio, la fe en Dios, en Venezuela y en sí mismo para trazar su camino en la vida, y alegría, contento de jugar, de respirar aire limpio, para acopiar fuerzas con qué andarlo.

Al interesar en el "movimiento social en favor de la infancia" que es "Fe y Alegría" a los económicamente capaces, a los jóvenes estudiantes que trabajan dando clases, el Padre Vélaz apunta más alto que alcanzar alguna parte de su bolsillo o de su colaboración personal. El sacerdote aspira crear en ellos la conciencia social de su tiempo, a imprimir en los futuros profesionales la huella de esta terrible impresión del abandono en que una sociedad injusta y cruel tiene a un sector de la familia humana. Y si no obtuviese ningún otro beneficio, esta sola siembra de conciencia social justificaría todos sus sacrificios.

Pregunté al Padre Vélaz si la gestión oficial no sería capaz de resolver por sí sola este enorme problema del abandono de la infancia. Me puso dos razones: la gestión oficial no crea la conciencia ciudadana del mal que se combate, y el problema requiere un vuelco de la conciencia social de las gentes; y las iniciativas particulares resultan más económicas.

"Fe y Alegría" calcula, por ejemplo, que necesita 120 bolívares por año para atender a un niño en sus aspectos escolar y recreacional, mientras los mismos servicios oficiales gastan 270, más que el doble. Sí es importante la colaboración oficial, como el primer ciudadano y el primer obligado a atender aspecto tan vital de la sociedad a que se debe; pero no es suficiente.

Además de las colaboraciones individuales, que han sido muchas y desprendidas, "Fe y Alegría" cuenta con iniciativas como ésta de la Fundación Creole de destinarle enteramente los beneficios de las audiciones de la Orquesta Sinfónica de Nueva York durante los días de su actuación en nuestra capital. A la que seguramente seguirán otras similares de las que se beneficiarán los niños de los cerros caraqueños, tan abandonados durante los ostentosos años de la dictadura.

Pero los cerros cargados de venezolanos que rodean a Caracas, como un cinturón de miseria, han recobrado su voz para reclamar la parte que les pertenece en justicia.